

Bianco, de vuelta

Sensible, culto y discreto, José Bianco (1908-1986) había hecho del trabajo intelectual una continuidad fecunda. Piénsese, tan sólo, en las traducciones que llevó a cabo, y que van de La cartuja de Parma a Malone muere de Beckett, de Paul Valéry a Henry James, y de Ambrose Bierce a Roland Barthes, sin olvidar los Escritos íntimos de Mauriac y Las criadas de Genet.

Pero esta aprobación íntima de literaturas como la inglesa, norteamericana o francesa, no lo llevó a dejar de lado su propia literatura, la argentina, y, en prolongación natural, la española e hispanoamericana. Sur acogió sus reseñas sobre Lorca o sus ensayos largos sobre Mallea del mismo modo que a fines de los 30 El Hogar le encargaba la sección titulada «Libros y autores de idioma español» mientras Borges estaba a cargo de «Libros y autores de idiomas extranjeros».

Por ello, Ortega y Reyes, Marechal y Silvina Ocampo fueron, en su momento, leídos con la certera perspicacia con que Bianco glosaba cualquier texto. Sin ninguna pedantería, y con una dúctil transparencia que el tiempo fue haciendo más cálida y envolvente, opinaba, discrepaba, intercalaba citas y no descartaba, nunca, el humor, para acercar a ese lector ignorado que siempre tenía presente, trátese de la poesía de Eduardo González Lanuza como de los cuentos de Virgilio Piñera.

Auténtico hombre de letras, cultivaba la versión como la nota, el perfil como la crónica, y nunca desdeñó ni la corrección de pruebas ni el preparar originales para la imprenta. Así sucedió de julio de 1961 a septiembre de 1966, cuando fue Director de Colecciones en la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y puso especial cariño en la serie «Genio y figura». Sus cartas a Germán Arciniegas, autor del volumen dedicado a Jorge Isaacs, son ejemplares por su falta de ejemplaridad. Se trataba del coloquio entre editor y autor, no descuidando ningún detalle técnico, que poco a poco se transformaba en charla de amigos: ¡cuán fogoso debía ser Isaacs con las guajiras!, ¡qué película podría hacerse con su vida! (ver J.G. Cobo Borda: Arciniegas de cuerpo entero, Bogotá, Planeta, 1987, pp. 363-367).

Pero todo cuanto hacía atractiva su escritura se apoyaba, con firmeza, en una sólida base ética. El renunciar a EUDEBA cuando se intervino

la Universidad de Buenos Aires bajo el gobierno del general Onganía. El renunciar a Sur por la forma en que Victoria Ocampo interpretó su viaje a Cuba, para ser jurado del premio «Casa de las Américas».

Recibió el reconocimiento de los mejores, de Borges a Cintio Vitier, apenas publicó sus primeros libros, como *Las ratas* y *Sombras suele vestir*, y mantuvo un fluido diálogo, dentro de la vida intelectual hispanoamericana, con espíritus que siempre le fueron afines y que han reconocido públicamente su magisterio, como Octavio Paz, quien se sintió investido caballero de las letras al recibir, de Bianco, invitación para colaborar en Sur. Esto hace aún más significativas las páginas que ahora rescatamos y en las cuales Bianco recuerda su amistad con Paz, en una charla de 1984.

Pero el énfasis, en esta ocasión, se halla puesto en una deliciosa prehistoria europea de la labor crítica de Bianco que contempla a Rilke y Ana de Noailles, Raymond Roussel y Jules Romains, además de las presencias tutelares de su mundo: Proust, Julien Benda, Stendhal.

El joven que escribía sobre Leo Ferrero en 1934 en *La Nación* y entraba a trabajar en julio de 1938 en Sur es hoy en día todo menos un escritor conocido o popular. Pero la minoría stendhaliana de los happy fews que apunta siempre a un porvenir más perdurable que las leyes del mercado, encontrará en el aparente anacronismo de estas páginas amarillas por el tiempo un verdor inextinguible. El que brinda una mente, no por afable y hospitalaria, menos dotada de vigor y entereza crítica*.

Juan Gustavo Cobo Borda

* Una primera selección de artículos de José Bianco se publicó en esta revista, en el n° 516, junio de 1993.